

Historia, Voces y Memoria

Revista del Programa de Historia Oral

4 / 2012



PROGRAMA DE HISTORIA ORAL
Instituto Interdisciplinario de Estudios
e Investigaciones de América Latina • INDEAL
Facultad de Filosofía y Letras • Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano

Héctor Hugo Trincheró

Vicedecano

Leonor Acuña

Secretaria Académica

Graciela Morgade

Secretaria de Supervisión Administrativa

Marcela Lamelza

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil

Alejandro Valitutti

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretario de Investigación

Claudio Guevara

Secretario de Posgrado

Pablo Ciccolella

Subsecretaria de Bibliotecas

María Rosa Mostaccio

Subsecretario de Publicaciones

Rubén Mario Calmels

Prosecretario de Publicaciones

Matías Cordo

Coordinadora Editorial

Julia Zullo

Consejo Editor

Amanda Toubes

Lidia Nacuzzi

Susana Cella

Myriam Feldfeber

Silvia Delfino

Diego Villarroel

Germán Delgado

Sergio Gustavo Castelo

Programa de Historia Oral

Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina

Director del Instituto: *Félix Schuster*

Director del Programa: *Pablo A. Pozzi*

El Programa de Historia Oral es miembro de la Asociación de Historia Oral de la República Argentina (<http://www.historiaoralargentina.org>) e integra la Red Latinoamericana de Historia Oral (www.relaho.org).

Historia, Voces y Memoria

Revista del Programa de Historia Oral

4 / 2012

EDITORIAL

Esencia y práctica de la historia oral

PABLO A. POZZI · 7

ARTÍCULOS

Memorias de la lucha sandinista: hacer y contar la historia

Memories of the Sandinista Struggle: Making and Telling History

MÓNICA BALTODANO · 13

El comandante César Montes: sobreviviente de más de cien batallas

Comandante César Montes: A Survivor of Over One Hundred Battles

JOSÉ PANTOJA REYES · 29

Relatos sobre el cruce de la frontera entre México y Estados Unidos
a través del siglo XX

*Twentieth Century Narratives on crossing the border between Mexico
and the United States*

MARTHA GARCÍA y GERARDO NECOECHEA GRACIA · 57

¿Qué era el socialismo para mí? Cultura, política y memoria en los
testimonios setentistas

*What did Socialism mean to me? Culture, Politics, and Memory in
Testimonies from the 1970s*

PABLO A. POZZI · 75

«Mi abuela cantaba *Bandiera Rossa* y *La Internacional* e iba a misa todos los días». Memoria popular y cultura obrera

“Granny used to sing Bandiera Rossa and The Internationale, and went to mass every day”. Politics and Culture in Argentina

MARIANA MASTRÁNGELO · 113

Las explicaciones sobre el proceso genocida en los discursos de pobladores de Famaillá, Tucumán. 1975-1983

Explanations on Gernocide in the Discourse of Inhabitants of Famaillá, Tucumán. 1975-1983

ANA SOFÍA JEMIO y ALEJANDRA PISANI · 135

Villa Quinteros se rebela: el Tucumanazo del 69 y la lucha contra el cierre de los ingenios

Villa Quinteros Rebels: The 1969 Tucumanazo and the struggle against the closure of sugar mills

RUBÉN I. KOTLER · 171

A la vera de la ruta 3 «la gloriosa doble P». Una aproximación a los «putos peronistas» de La Matanza

By the side of Route 3, “the glorious double P”. An approximation to the “putos peronistas” of La Matanza

GERARDO MÉDICA y VIVIANA VILLEGAS · 199

La historia de un mural: trayectoria de una militante social, de Coghlan al puente Pueyrredón

The History of a Mural: Trajectory of a Social Activist, from Coghlan to Puente Pueyrredón

GABRIELA FERNÁNDEZ y ANDREA ROMÁN · 225

INFORMES

En la muerte de Ronald Fraser

TARIQ ALÍ · 247

Capacitación en historia oral: alcances y perspectivas

GABRIELA FERNÁNDEZ y ALICIA GARTNER · 251

Balance del X Encuentro Nacional y IV Congreso Internacional de Historia Oral de la República Argentina.

Esas voces que nos llegan del pasado

G. BROWARNIK, A. ECHEZURI y A. MASSHOLDER · 261

RESEÑAS

Caminos de historia y memoria en América Latina. Gerardo Necochea Gracia y Antonio Torres Montenegro (comps.). Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2011

MARÍA LAURA ORTIZ · 265

Colectivos Resistentes. Procesos de politización de trabajadores en la Argentina reciente. Paula Abal Medina y Nicolás Diana Menéndez (comps.). Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2011

PABLO GHIGLIANI · 271

Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983). Laura G. Rodríguez. Rosario: Prohistoria, 2011

MARIANA GUDELEVICIUS · 277

Voltear el mundo de cabeza. Historias de militancia de izquierda en América Latina. Gerardo Necochea Gracia y Patricia Pensado Leglise (comps.). Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2010

ALEJANDRO FALCO · 280

Dorothy Healey Remembers: A Life in the American Communist Party. Dorothy Healey y Maurice Isserman. Nueva York: Oxford University Press, 1990

DARÍO MARTINI · 285

Remembering Jim Crow. African Americans Tell About Life in the Segregated South. William H. Chafe, Raymond Gavins y Robert Korstad (eds.). Nueva York: The New Press, 2001

AIMÉ OLGUÍN · 294

NORMAS EDITORIALES · 299

Programa de Historia Oral
Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas
Directora del Instituto: Susana Romanos de Tiratrel
Director del Programa: Pablo A. Pozzi

La correspondencia sobre canje debe enviarse a:
Dirección de Bibliotecas. Sección canje. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad
de Buenos Aires
Puán 480, entrepiso
(C1496CQJ) Buenos Aires. Argentina
email: bibcen@filo.uba.ar

Los pedidos de compra y suscripción al: Programa de Historia Oral
Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas
Puán 480, piso 4, oficina 8
(C1496CQJ) Buenos Aires. Argentina
Teléfono: 54-11-4432-0606, interno 133
email: historiaoraluba@filo.uba.ar

Suscripciones (en dólares):

Anual (2 números): US\$30.00

Un número no miembros: US\$18.00

Institucional (2 números): US\$45.00

Miembros del INIBI/PHO y la UBA: un número US\$10.00, suscripción anual
US\$18.00

Esencia y práctica de la historia oral*

PABLO A. POZZI

El tema de la esencia y de la práctica de la historia es uno de los temas dejados de lado en la formación de nuestros estudiantes el día de hoy, pero era central hace ya treinta años. Si la historia es «el ser humano, en sociedad, a través del tiempo», entonces no hay realmente una esencia particular a la historia oral que la diferencie de la historia a secas. Es más, la historia oral sería una subrama de la historia, al igual que la historia económica, o la historia social, o la historia de género. Su especificidad se deriva de que el eje central de su estudio es la subjetividad humana como elemento determinante de prácticas y del quehacer. En otras palabras, para el historiador oral la subjetividad (como señaló Raymond Williams) es parte de lo material de la historia, al igual que lo pueden ser los datos económicos, los documentos policiales, o la prensa de masas.

Lo anterior me parece importante ya que pareciera existir una tendencia a subsumir enfoques antropológicos o sociológicos en la historia oral convirtiéndola en un híbrido marginado de todas las disciplinas. La oralidad es parte de numerosas disciplinas, pero la historia oral, por cuanto es historia, tiene las reglas y la cientificidad de la disciplina histórica. Yo me reivindico como un historiador que hace historia social e historia oral. No acepto que se me separe de la profesión y de sus criterios simplemente «por que sí».

¿Existe una historia oral latinoamericana? La «esencia» de la historia oral como «latinoamericana» es por lo menos discutible. O me-

*. Conferencia presentada en la mesa redonda «La prácticas de la historia oral». *VI Encontro Regional Sul de História Oral Narrativas, Fronteiras e Identidades*, 24 a 27 de Maio de 2011, Universidade Federal de Pelotas, Brasil.

Por dicho, es tan discutible como lo es la existencia misma de América Latina como proceso histórico y social único y homogéneo. En realidad, y sin ánimo de meterme en una discusión más que compleja, profunda y con una larguísima tradición, lo latinoamericano existe en contraposición a lo europeo y lo estadounidense. Como tal, los elementos unificadores provienen del colonialismo y del imperialismo. Estos no son solamente conceptos teóricos o políticos, sino más bien intentan definir una relación de opresión realmente existente. Por eso las posibilidades de una historia comparativa entre los procesos de la historia de la potencia imperial y la de los pueblos oprimidos siempre han sido complejas y dificultosas. No es imposible, pero sí difícil. Es lógico pensar que si bien la historia latinoamericana es historia, también tiene su esencia particular derivada de esta relación histórica. Como tal, y como subrama de la historia, la historia oral, por cuanto su eje central es la subjetividad, también debería tener una esencia específica latinoamericana derivada de ese proceso histórico.

Es por eso que las prácticas de la historia oral tienen, necesariamente, que ser distintas en América Latina que en otros lugares. Aun en el caso de sociedades fuertemente marcadas por el coloniaje y el imperialismo, como África o Asia, su especificidad también le da características propias al quehacer histórico y por ende a la historia oral. Mi colega y amigo mexicano Gerardo Necochea señala que «en materia de técnica y método no hay nada que distinga a los historiadores orales latinoamericanos de sus colegas en otras latitudes». Yo no coincido. Es notable cómo los manuales de historia oral hechos por colegas de otras latitudes tienen escasa utilidad, por lo menos en la Argentina, ya que se basan en prácticas y esencias provenientes de estudiar la historia de países del primer mundo.

En el caso argentino los problemas de hacer historia oral están fuertemente ligados al tema represión y regímenes dictatoriales. El pedir la autorización al entrevistado automáticamente implica entrar en el cono de dudas sobre qué se va a hacer con la entrevista. La autocensura de ambas partes, como técnicas de supervivencia frente

a una represión salvaje, marca fuertemente los testimonios, la memoria y la subjetividad. Las técnicas para evocar la memoria o para lograr respuestas no son (y tampoco pueden ser) las mismas que en sociedades con niveles represivos más bajos. Asimismo, la posibilidad de que lo que se declara en una entrevista tenga usos no imaginados por el historiador, es un problema ético y práctico que debe ser contemplado y que no figura en ningún manual hecho por europeos o estadounidenses. En mi caso, he sido citado en tres juicios (y por suerte nunca convocado) por fiscales que deseaban utilizar mis entrevistas como prueba de los delitos de lesa humanidad por parte de antiguos guerrilleros. ¿Qué hacer en estos casos? ¿Qué hacer frente a la posibilidad de que el entrevistado otorgó información en confianza sin considerar las posibles consecuencias? Si el entrevistado te cuenta cómo ejecutó a alguien ¿qué hace el historiador? ¿Modifica el testimonio borrando esa parte o lo preserva exponiendo al entrevistado a las consecuencias? Luego, ¿el testimonio se preserva, se publica, se esconde? Los nombres de los entrevistados ¿son públicos o debemos utilizar seudónimos? El uso que hacemos de la entrevista se guía por ¿qué criterios? ¿Cómo inciden cuestiones socioculturales de género, raza y clase en la construcción de los testimonios? ¿Cómo incide la subjetividad propia del entrevistador, por ejemplo, cuando se entrevista a una persona perteneciente a los pueblos originarios? Y ni hablar de prejuicios, percepciones, o relaciones de deferencia. Una vez más, el hecho de que Ronald Grele, Paul Thompson, Daniel Bertaux, Philippe Joutard y tantos otros no consideren estas cuestiones en sus interesantes y bien escritas guías sobre historia oral, implica que nunca jamás tuvieron que enfrentarse a estos problemas.

Ni hablar de otros problemas derivados de la realidad social y de los estados en los que se desenvuelven. Yo miro archivos europeos o estadounidenses con profunda envidia. Se encuentran bien cuidados, organizados, y mantenidos. Lo cual implica que hay dineros y que el Estado y sus sectores dominantes valoran la memoria histórica como lugar de construcción de una hegemonía y un consenso

determinados. Lo mismo puedo decir de archivos en México o en Brasil. No es lo mismo en el caso argentino. Una pregunta constante para cualquier historiador oral argentino es: ¿las entrevistas deben ser ubicadas en archivos accesibles al público? ¿Eso qué significa y qué implica? Además, en sociedades donde la corrupción permea al Estado ¿cómo hacer para preservar esa memoria? ¿Cómo hacer para que los archivos no sean vendidos al exterior, o sean destruidos, o peor aún no sean vendidos simplemente como papel descartado y por peso? Los archivos laborales del Ministerio de Trabajo en Argentina se quemaron cada diez años por que «no hay donde guardarlos» (y, diría yo, porque la historia obrera no es algo que nuestra clase dominante quiera preservar).

En síntesis, ética, política, esencia y por ende prácticas del historiador se derivan de la realidad en la que se ejerce la profesión. Así como las preguntas y respuestas nos las sugieren el medio social en el que nos desenvolvemos, también las características específicas de nuestro quehacer se ven marcadas y determinadas. Lo anterior obliga a plantearse una vez más aquellos temas tan importantes para muchos de mis profesores: ¿qué es la historia?, ¿historia para qué y para quién? La ética del historiador. En estos temas, la historia oral es fundamental porque evidencia la importancia de los mismos, por cuanto no son meramente un ejercicio intelectual, sino que se imponen debido a las prácticas mismas que surgen de la esencia de la historia oral latinoamericana.

Y esto último lleva a un tema donde Gerardo Necochea tiene muchísima razón (y no se equivoca). Si bien yo soy de la opinión que la historia oral en sí misma no es subversiva ni democratizadora, ya que estas características surgen del uso que le da el historiador, también debo reconocer una especificidad latinoamericana. Gerardo señala que «nos interesan sujetos, temas y problemas que por lo general quedan fuera de las historias convencionales e incluso fuera de los repositorios documentales». Absolutamente cierto. La historia oral en América Latina tiende a rescatar y a poner en el centro de la historia a

personas, a las grandes masas, cuya contribución al proceso histórico ha sido ignorado o dejado de lado por la historia oficial. Como tal la historia oral tiende a ser la «historia de los sin voz» (en el sentido que no quedan registrados sus sentires en los documentos y archivos excepto en formas muy secundarias). Esta característica obliga al historiador oral latinoamericano no sólo a regresar al ser humano como sujeto y protagonista de la historia, sino también lo obliga a concientizarse de que el oficio del historiador es una tarea colectiva entre el técnico (historiador) y el/los sujetos. En el diálogo entre ambos (al igual de lo que debería ser el diálogo constante con un documento escrito) el historiador cambia, se modifica, y su historia se torna más rica, más compleja. Al incorporar la subjetividad como materia central al proceso histórico el historiador se ve obligado a democratizar sus prácticas y su esencia, en el sentido de que la historia una vez más se guía por el gobierno del *demos*. Y no sólo democratizamos la producción (de hecho sin esto no se puede hacer historia oral), sino que marcamos un elemento particular que hace a la esencia de la historia oral y no sólo a su práctica. La esencia democratizadora se nutre, además, de ese *demos* y por ende si el *demos* se ha forjado en procesos históricos latinoamericanos, esa esencia no puede ser la misma que la de otras latitudes y otros procesos históricos.

Claro, esto no significa que toda historia oral sea «buena». Una colega argentina insiste que «cualquiera puede hacer historia oral» y solo hace falta atreverse. No es cierto. Un proyecto de historia oral tiene reglas, criterios y su propia cientificidad. No cualquier entrevista es historia oral, sino cualquier periodista televisivo que entrevista gente sería un historiador oral. Lo que sí es cierto es que la historia oral cuestiona fuertemente los límites de gremio feudal establecidos por la academia, por cuanto reconoce al individuo común en protagonista de su propia historia.

En síntesis, la práctica de la historia oral nos obliga plantearnos temas centrales a la formación del historiador, que fueron moneda corriente en las discusiones de la profesión hace ya medio siglo: his-

toria ¿para qué?, y ¿para quién?; historia y su cientificidad; y la ética del historiador.

Mi práctica como historiador me obliga a recurrir a fuentes orales además de fuentes no orales ya que mi objetivo es comprender los procesos humanos en la esperanza de contribuir a cambiar y mejorar el mundo. En esto soy muy ambicioso: no hago historia para los colegas, la hago para el común de la gente. Por eso siento que me gusta la historia, no los historiadores. Así mi historia es militante y académica o sea científica. No veo contradicción entre ambas. Y tengo en claro que hay historia militante buena y mala, al igual que la historia academicista puede ser buena o mala. Ambas son políticas y ninguna es neutral. Mi ética es que trato de ser fiel a mi ciencia, a los objetivos de una historia que le sea útil a la gente, y a la responsabilidad social del historiador. En esto no pierdo de vista que los protagonistas de mi historia, como hacedores y como consumidores, son la gente común. Esto me lo impuso la historia oral que me obligó a enfrentarme y a responder a las contradicciones actuales en el quehacer del historiador, retomando los problemas y los principios que mis profesores me plantearon hace ya cuarenta años.

Reseñas

GERARDO NECOECHEA GRACIA Y ANTONIO TORRES
MONTENEGRO (comps.)

Caminos de historia y memoria en América Latina.
Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2011. 320 páginas.

En esta nueva publicación de la Red Latinoamericana de Historia Oral (RELAHO) se han compilado veinte artículos de autores mexicanos, brasileros, argentinos, colombianos, chilenos, nicara-güenses y panameños. En algunos casos se presentan elaboraciones conceptuales más profundas que en otros pero, en general, la idea es mostrar al lector que la oralidad es un recurso propicio para acceder a las historias vivas, a veces subterráneas y en su mayoría ocultas en los relatos tradicionales. El potencial de la historia oral se manifiesta en cada una de sus páginas como una renovada manera de interpretar el pasado, permitiendo observar lo que perdura y lo que cambia en el tiempo. Además, las historias de vida y tradiciones orales recogidas en esta compilación, revelan una sensibilidad especial para vincular las anécdotas individuales con los procesos sociales colectivos en los que, como investigadores, estamos inmersos.

Sería conveniente reconocer que este libro es un fiel reflejo de los primeros pasos que RELAHO está dando en la articulación e intercambio de investigaciones. Como tal, tiene la virtud de presentar una cantidad importante de trabajos desarrollados a lo largo y ancho de América Latina, lo que permite la divulgación de experiencias poco conocidas. Pero por otro lado, no queda tan claro con qué objetivo se reunieron estos artículos, ya que no hay una instancia –introdutoria o de cierre– que los conecte, que los haga dialogar entre sí y que les dé un sentido de colectividad. Esa, supongo yo, es tarea que queda para el lector.

Además, los capítulos se presentan de manera aleatoria, sin un orden claro, ya sea temático, espacial o cronológico. Por cierto que esto implicaría la aplicación de una estructura más o menos arbitraria; pero también, criterios de sistematización de las distintas secciones. Porque, por ejemplo, quienes exponen trabajos sobre la militancia se entrecruzan en algunos casos con perspectivas de género y en otros con relaciones de clase, algunas historias transcurren en espacios rurales, otras en pequeñas o grandes ciudades y otras hablan de procesos migratorios. De manera que instituir un orden en estos trabajos requiere una definición de criterios. Para esta reseña cambiaré el orden de secuenciación del libro, tratando de comentar sus apartados desde un criterio temático.

Hay capítulos que versan sobre habitantes de barrios, como el de Liliana Barela que se pregunta sobre las construcciones de significados e identidades colectivas en torno a los barrios de clase media en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. También el trabajo de Mario Camarena Ocampo indaga sobre el barrio La Fama Montañesa de México, pero conectando la historia del lugar con la de la fábrica textil ubicada en él, y focalizando especialmente en sus trabajadores y las formas de relacionarse con sus dirigentes sindicales. Por otro lado, el trabajo del Colectivo de Historia Oral de Colombia examina la creación del barrio Nuevo Chile en Bogotá como experiencia de lucha por la vivienda y la educación popular, luchas que no estuvieron exentas de conflictos por el control del territorio en los que intervinieron diferentes referentes barriales.

Otros artículos presentan investigaciones sobre trabajadores de diferentes espacios rurales, como el de Marcela Camargo Ríos que analiza la trayectoria de vida de un sindicalista rural de Panamá para repensar las relaciones políticas de la comunidad campesina a la que pertenece y las características que adquirió su militancia gremial. En la misma temática escribe Regina Beatriz Guimaraes Nieto, que explora sobre las prácticas de violencia incorporadas en la memoria de los trabajadores pobres de la Amazonia brasileña durante el con-

flictivo proceso de reterritorialización. Marcos Montysuma, incorporando la perspectiva de género, investiga la vida cotidiana de trabajadores recolectores de caucho en Xapuri-Acre, Brasil; para registrar las diferentes percepciones según el género en sus prácticas culturales proyectadas hacia la sustentabilidad de los recursos ambientales del bosque amazónico.

Vinculado con cuestiones de género, pero pensando en espacios urbanos, Robson Laverdi presenta un excelente trabajo sobre jóvenes homosexuales del oeste del estado de Paraná, en Brasil. En él interpreta tres testimonios para dar cuenta de la experiencia constitutiva de homosexualidades masculinas, permeadas de valores y significaciones socioculturales.

Siguiendo con la perspectiva de género, pero dialogando con la temática de la militancia, escriben Joana Maria Pedro, Patricia Pensado Leglise y Jilma Romero Arrechavala. Joana se pregunta por los sentimientos que genera la identificación con el feminismo a partir de relatos de mujeres brasileras referidos al período 1964-1985. Patricia y Jilma investigan sobre las causas que llevaron a la militancia izquierdista a las mujeres: la primera explora cinco entrevistas de mujeres de distintos países latinoamericanos y las compara, en tanto Jilma trabaja sobre las experiencias de tres mujeres del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua. En estos trabajos impera la preocupación por aportar las percepciones femeninas al relato sobre distintos procesos revolucionarios y de luchas antidictatoriales en Latinoamérica.

Partiendo de una preocupación por experiencias militantes en distintos ámbitos, escriben Mariana Mastrángelo, Pablo Pozzi, Alberto del Castillo Troncoso, Igor Goicovic Donoso y Rubén Kotler. Mariana analiza memorias de militantes comunistas para reconocer en el lenguaje de clase y estructuras del sentir, los rasgos característicos de la cultura obrera izquierdista en el interior argentino en los años treinta y cuarenta. Con el mismo enfoque que Mastrángelo, Pozzi analiza los cánticos en las movilizaciones de la Argentina reciente y

sus significados culturales dentro del universo obrero y popular de izquierda. Desde otro ángulo, Del Castillo recupera memorias de fotógrafos y contrasta relatos sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968; en tanto Igor Goicovic sigue la trayectoria de un militante del MIR chileno – su infancia, militancia, prisión y exilio – para pensar en algunos rasgos identitarios de los militantes revolucionarios. Explorando un período más reciente, Kotler recupera memorias de militantes del movimiento de derechos humanos en Tucumán, Argentina. En una original vinculación entre el pasado traumático que supuso la última dictadura y la realidad política local, desde la recuperación de la democracia hasta la actualidad, Kotler analiza los conflictos entre las banderas de «memoria, verdad y justicia» por los desaparecidos y la política de olvido oficial impuesto por el *bussismo*.

Hasta aquí pareciera que todos los trabajos de historia oral en Latinoamérica tratan sobre historias de marginales, de excluidos, de perseguidos políticos. Sin embargo, aunque una mayoría de los trabajos investigan esos sujetos históricos, hay otros que miran las problemáticas sociales desde otro ángulo. En esta línea, Graciela de Garay presenta un trabajo sobre la trayectoria profesional de un arquitecto formado académicamente en Francia, que adapta un discurso modernizador a la estética de la vivienda mexicana. En otro capítulo escrito sobre la mirada del colonialismo político y cultural impuesto por la Iglesia católica, Torres Montenegro reflexiona a través de las memorias de cinco sacerdotes europeos que emigraron a Brasil para combatir el espiritismo y el comunismo.

Y además, aunque todos los trabajos aluden a fuentes orales, son pocos los que proponen discusiones profundas en términos teóricos y/o metodológicos en relación a la historia oral. Hay tres instancias en las que eso sí sucede: el capítulo escrito por Cristina Viano y los otros dos de Gerardo Necochea Gracia. Viano examina las vinculaciones entre la historia oral y la historia reciente en Argentina como un espacio de encuentro entre la «academia» y la experiencia social activa que permite a los historiadores preguntarse por la fun-

ción social del conocimiento y asumir un compromiso político con su práctica.

Por otro lado, en uno de sus capítulos Gerardo Necochea llama la atención sobre la importancia de reconocer el contexto histórico en el que se circunscribe la narración en un testimonio, pero también el contexto de la situación en el que se desenvuelve una entrevista. En el otro capítulo, el primero que se presenta –y que yo estimo que es central en este libro– Gerardo plantea el debate sobre la existencia de una historia oral latinoamericana. Su hipótesis es que no puede suponerse la existencia de una historia oral latinoamericana partiendo de la unidad en sentido esencialista del continente sino, por el contrario, observando la práctica historiográfica en la región. En este sentido, es posible investigar y comparar problemáticas comunes, analizando las singularidades en un contexto que le da sentido de generalidad. Pero además, dice Gerardo, se comparte una intención política por atender a los sujetos invisibilizados en las historias oficiales, con la intención de democratizar las producciones, los temas y los sujetos que elaboran nuevas interpretaciones del pasado de nuestro continente.

Aunque parezca una perogrullada, esta discusión dista mucho de permitir juicios perentorios, a pesar de que los humanos seamos bastante afectos a ellos. En cambio, creo que podemos agregar un par de ideas que enriquecerían este debate. Son ideas que me quedan al final del recorrido de todo el contenido de este libro, aunque tengo la sensación de que su estructura fue pensada más para la lectura salteada de secciones que para un provecho continuo de principio a fin.

Hay al menos dos hilos conceptuales transversales: uno es la conexión entre las memorias y la noción de experiencia, referida fundamentalmente a los sujetos con los cuales construimos historias pero incluyendo, como algo novedoso, al investigador como parte de esa experiencia.

Otra noción que atraviesa estos capítulos es la de cultura como elaboración colectiva y popular, *cultura ordinaria* en términos de Raymond Williams. Una construcción cultural que se cimenta justamente en esas experiencias compartidas y transmitidas en las historias de vida de grupos subalternos, trabajadores campesinos, militantes de izquierda, obreros, migrantes, mujeres pobres, habitantes de vecindarios, homosexuales; en suma, hombres y mujeres comunes y corrientes que luchan por sus derechos y que generan una identificación colectiva *desde abajo*. Historias vivas que se hacen asequibles gracias a que sus voces fueron grabadas, escuchadas, comprendidas e interpretadas.

Estas dos nociones, aunque no son propias del territorio latinoamericano, pueden ser útiles para anclar el debate sobre la existencia de una historia oral latinoamericana desde lo conceptual que, a su vez, es constitutivo de nuestras prácticas de investigación.

MARÍA LAURA ORTIZ
CONICET/PHO, Universidad de Buenos Aires

PAULA ABAL MEDINA Y NICOLÁS DIANA MENÉNDEZ (comps.)

Colectivos Resistentes.

Procesos de politización de trabajadores en la Argentina reciente.

Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2011, 416 páginas.

Colectivos resistentes es una bocanada de aire fresco en medio del sofocante clima que hoy reina en los estudios laborales. La compilación de Paula Abal Medina y Nicolás Diana Menéndez constituye una apuesta fuerte y atractiva. En lugar de una anodina y heterogénea serie de apresurados estudios de caso, nos encontramos con un esfuerzo colectivo por establecer un foco, un eje, un tema, una metodología, ciertas dimensiones analíticas, cierto estilo, para luego tomarse en serio el trabajo de respetar el mapa de ruta trazado. No es poco.

El corazón del libro lo conforman los cinco capítulos que estudian distintas experiencias de organización gremial desde la base. Se trata de las iniciativas llevadas adelante por trabajadoras y trabajadores de la sucursal Avellaneda del supermercado *Wal Mart*, del subterráneo, de diversos *call centers*, de empresas de mensajerías y repartos varios (los popularmente llamados motoqueros) y de una fábrica de cosméticos. Completan la obra, otros cinco capítulos intercalados, la mayoría breves, dedicados al análisis de los balances comerciales de Metrovías (empresa concesionaria del subte), los balances de la cosmética Avón, la página web *Teleperforados* (un instrumento militante de activistas de *call centers*), los estatutos sindicales de los gremios que nuclean a cada una de estas actividades (y con los cuales debe interactuar obligadamente el sindicalismo de base), y por último, una ponderación cuantitativa del alcance de la negociación colectiva.

El foco de todo el asunto está definido por los estudios de caso y radica en el lugar de trabajo. De esta manera, el libro se enmarca en la extensa y consagrada tradición monográfica que a veces con pretensiones etnográficas, y otras no tanto, tematiza las relaciones de poder en el espacio laboral, cualesquiera sean sus características. Su

eje lo componen los fenómenos de politización y resistencia colectiva vinculados a la renovada y disruptiva conflictividad que atraviesa el seno mismo de la producción, circulación y comercialización de servicios y mercancías desde hace ya más de una década. Asimismo, la selección de los casos sugiere, allende motivaciones más prosaicas, una predilección de los investigadores por los procesos de organización que contienen un cuestionamiento de las formas sindicales instituidas. Y esta predilección es acompañada por la firme voluntad de analizar de manera descarnada las condiciones de posibilidad de la militancia de base que anima estas experiencias. Llegamos así, finalmente, al tema del libro: el activismo y la microfísica de su despliegue, sus potencialidades, sus límites. Su foco es el lugar de trabajo; su eje son los procesos de politización y resistencia colectiva; pero su tema, su verdadero tema, el activismo. Con él se vinculan los aportes más relevantes del libro.

Es completamente coherente entonces que la estrategia elegida para la exposición y análisis de los resultados de las cinco investigaciones que forman el cuerpo principal de la obra, sea, siguiendo el método comprensivo aplicado por Pierre Bourdieu en *Miseria del Mundo*, la transcripción guiada mediante la edición y selección temática de las entrevistas a delegados, militantes, activistas. Esta decisión permite al lector contacto directo con el habla de los protagonistas. Los autores editan pero no eliminan los irreductibles pliegues discursivos de los actores. Siguen ahí con sus sentidos múltiples desafiando las interpretaciones y poniendo a prueba la honestidad intelectual de los investigadores. Y justo es decirlo, todos pasan holgadamente el examen. Este es otro de los aciertos del libro. Otorga, además, homogeneidad analítica a los capítulos sin desmedro de las especificidades de los casos.

También debe celebrarse el desparpajo teórico que caracteriza a *Colectivos resistentes*. Una saludable falta de prejuicios permite a los autores apelar a tradiciones diversas, aunque siempre dentro del campo de la teoría crítica, y conjugar conceptos clásicos del campo

de los estudios laborales, con ideas, categorías y tipificaciones innovadoras. Así, las nociones de politización y de resistencia, centrales en el libro, se desenvuelven en una permanente tensión que las enriquece. Sus naturalezas respectivas devienen el resultado contradictorio de exabruptos, afrentas, sublevaciones inesperadas, acontecimientos fundacionales, diversos idearios militantes, prácticas de representación sindical heterogéneas, fuerzas instituyentes endógenas y exógenas, por nombrar solo algunos ítems de una larga lista posible. Es que la potencia de la idea que recorre lo mejor del libro es resultado de su simpleza: no hay politización y resistencia colectiva sin activistas.

En esta búsqueda de las determinaciones y ritmos de la politización resistente, los autores chocan una y otra vez contra la institucionalización que todo lo engulle (el poder de la patronal va de suyo) lo que los conduce a valorar muy especialmente aquellos momentos en que el activismo, la organización de base de los trabajadores, fuerza las fronteras de lo posible, va más allá de lo razonable, no se detiene ante lo legítimo. Momentos excepcionales en los que emerge, como se afirma en uno de los capítulos, el verdadero acto político.

Las dimensiones analíticas en las que se sumergen los autores son muchas y muy diversas. Imposible de abordarlas con justicia en el acotado marco de una reseña. Pero algunas de las que distinguen al libro merecen subrayarse. Por ejemplo, las exégesis sobre los distintos tipos de activismo y sus idearios, la construcción de tipologías que capturan las lógicas que atraviesan las prácticas sindicales de los representantes de base, la exploración de las tensiones que emergen de las identificaciones políticas de los delegados, la necesidad de la acción clandestina y sus limitaciones, la manera en que la composición etaria y de género de los colectivos define disposiciones y aspiraciones, las contradictorias fuerzas que empujan a la institucionalización de las prácticas resistentes, entre (muchísimas) otras. Lo sorprendente (para los tiempos que corren) es que esta persecución frenética de la constitución del sujeto no diluye las determinaciones estructurales (perdón, por la antigüedad). Con más o menos énfasis, cada uno de

los casos pone de relieve las especificidades de las relaciones sociales de producción sobre las que se erige el colectivo resistente y las integra como determinaciones de las relaciones de poder y de las chances organizativas. A su modo, los cotejos de los balances comerciales constituyen un recordatorio oportuno de esta dimensión estructural. Y con más o menos énfasis, cada una de las investigaciones pone de relieve tanto el papel de las patronales (lo que es práctica usual en el campo de estudios laborales), como el del Estado y sus imposiciones (lo que no lo es tanto). Los capítulos sobre los estatutos y la negociación colectiva apuntan a variables institucionales que nos hablan evidentemente de las direcciones sindicales, pero más aún, me atrevería a decir, de la regulación estatal. Los análisis que nos ofrecen los casos de estudios acerca de las experiencias organizativas del colectivo laboral del subterráneo, y sobre todo, de los motoqueros, son muy penetrantes en este sentido.

Por último, no quisiera dejar de destacar un aspecto formal que favorece el progreso del contenido, el cuidado por la escritura que funda un estilo y una poética de la acción resistente.

Pero las reglas de la buena práctica académica indican que ninguna reseña es completa si no escarba en las presuntas debilidades del libro. Pues bien, me atenderé a ellas (aunque con desgano).

Expresaré las reservas que me originó la lectura recurriendo al principio de contradicción ya que las mismas no se alojan en terrenos ajenos a los que he señalado como logros del libro, muy por el contrario (tal vez, otra demostración de la coherencia del conjunto).

Quizás la más importante de todas mis reservas remite a una cuestión metodológica. Porque si la elección del método comprensivo es más que oportuna, predispone al lector para una disección de los testimonios que, sin embargo, muchas veces no se produce porque las interpretaciones sociológicas adjuntas se mantienen a distancia considerable de los mismos y son construidas a partir de otros datos, otras fuentes, otros soportes.

Párrafos arriba elogió el desprejuiciado eclecticismo teórico; pero a nadie escapa que se trata de una operación riesgosa. En principio, porque los marcos interpretativos a los que recurren los capítulos son muchas veces incompatibles. Un ejemplo entre muchos posibles: ¿cómo conjugar a Bourdieu y su impronta reproductivista con el énfasis en la acción de las teorías de los movimientos sociales? Justo es decir, sin embargo, que el libro sorteja este tipo de escollos, generalmente, con éxito. Los riesgos pueden provenir también de la coincidencia nominal de categorías cuyas diferencias específicas merecerían ser discutidas abiertamente por los autores (*poder* en Foucault no es lo mismo que en Jean Scott o en la tradición del zapatismo, por citar un ejemplo al paso). O porque la tentación a sobreactuar las transposiciones teóricas es grande (¿es necesario recurrir a la noción de *extimidad* de Jacques Lacan cuando un clásico del campo de los estudios laborales como Richard Hyman da cuenta de procesos similares de manera mucho más sencilla?). O porque de tanto tomar prestado, cuando invocamos nociones más familiares, nos parece tan evidente su pertinencia, que consideramos superflua la profundización del análisis (como cuando se recurre a la noción de *posición estratégica* de John Womack para explicar el poder potencial del colectivo de trabajadores del subterráneo, sin discutir los dilemas que enfrenta el activismo, esto es, cómo manejar lo que constituye en esencia un arma de doble filo debido al impacto que la interrupción del servicio tiene sobre la población).

He destacado como un rasgo positivo la preocupación de los autores por la escritura, pero debo admitir que ciertos giros pretenciosos y la vocación poética del texto, no siempre contribuyen a clarificar las ideas.

Por último, en mi opinión, en las premisas del libro anida una idea muy común sobre la relación bases/dirigencia que concibe de modo unilateral a las direcciones y a las formas sindicales instituidas como obstáculos para la politización y la resistencia, como garante de la reproducción de la relación asimétrica entre capital y trabajo. Sin

embargo, en las transcripciones guiadas y en los análisis evidencio, una y otra vez, una relación mucho más contradictoria, que no se ajusta fácilmente a este esquema. Aunque seguramente esta sea la más inofensiva de todas mis reservas ya que imagino a los lectores tomando en este punto partido por los autores.

En síntesis, *Colectivos resistentes* es una exitosa apuesta, y es preciso decirlo, con un oportuno título que no solo define bien el tema sino, al colectivo de investigadores que la ha llevado adelante resistiendo el individualismo académico, el facilismo intelectual y las simplificaciones.

PABLO GHIGLIANI
IdIHCS - CONICET / UNLP

LAURA G. RODRÍGUEZ

Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983).

Rosario: Prohistoria, 2011, 127 páginas.

En una recorrida por las librerías porteñas, nos encontramos con una grata novedad editorial: la publicación del libro *Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983)* escrito por Laura Graciela Rodríguez. Una lectura que nos atrapó de inmediato por su profundidad de análisis y que, a nuestro criterio, se torna imprescindible tanto para los estudiosos de temáticas educativas, como para quienes investigan la historia reciente argentina.

A través de un estudio de caso, el Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, la autora realiza una exhaustiva investigación histórica en pos de dilucidar el funcionamiento cotidiano del Estado en esa etapa sangrienta de la Argentina como fue el período del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Una tarea nada sencilla que Laura G. Rodríguez resuelve con inteligencia focalizando el análisis en el proceso de elaboración y ejecución de políticas públicas, a nivel nacional, en las áreas de cultura y educación. Para ello aborda cuatro cuestiones sustanciales. En primer lugar, la trayectoria y el comportamiento de los distintos funcionarios encargados de diseñar, aprobar e implementar dichas medidas. En segundo lugar, la correlación de fuerzas entre los distintos ministros que integraron el gabinete nacional entre 1976 y 1983, especialmente en términos de presupuesto asignado y capacidad de imponer una agenda propia. Tercero, la presencia de «voces autorizadas» para emitir juicios sobre temas educativos y culturales. En particular, la autora analiza la injerencia de distintos sectores católicos – especialmente conservadores y nacionalistas – en relación al diseño de las políticas que estudia. Por último, la distancia entre objetivos anunciados públicamente para las áreas en cuestión y resultados logrados. A su vez, la autora propone una periodización que yuxtapone cuatro criterios: el de las gestio-

nes educativas y los grupos representados en ellas, el del desarrollo en el tiempo de determinadas medidas, el de las distintas etapas que caracterizaron el régimen dictatorial y el de las internas militares.

La perspectiva teórica que asume la autora es la de considerar las políticas públicas como resultado de un proceso histórico y conflictivo, producto de individuos y grupos en alianza y confrontación. Si tenemos en cuenta que durante todo el período dictatorial el Ministerio de Cultura y Educación de la Nación (al igual que ocurrió en la cartera de Economía) estuvo a cargo de civiles y que estos provenían de distintos sectores católicos, la elección del estudio de caso y de los ejes de análisis, son por demás elocuentes de la trama que Laura Rodríguez busca develar. En base a un riguroso trabajo empírico, la autora trasciende el plano de la denuncia sobre la activa colaboración de civiles y sectores católicos con el régimen dictatorial y ofrece al lector distintas dimensiones de las relaciones de estos con las fuerzas armadas. El principal mérito de la investigación es quebrar ciertos discursos historiográficos consolidados, tanto los que plantean la existencia de un programa educativo y cultural único y coherente a lo largo de todo el período dictatorial, como los que asumen la eficacia de las intenciones de gobierno. Por el contrario, Rodríguez demuestra que la implementación efectiva de las políticas educativas y culturales del «Proceso», estuvo atravesada por múltiples conflictos y que los resultados logrados fueron más bien los posibles antes que los deseados. Así, a lo largo de los cinco capítulos que conforman el libro, la autora construye una mirada «desde adentro» del Estado, permitiendo al lector no sólo recuperar el «rostro humano» del mismo, sino también adentrarse en el trasfondo de negociaciones, conflictos, marchas y contramarchas en relación a la configuración de políticas destinadas a cultura y educación en particular y al planteo de políticas públicas durante el «Proceso», en general. El resultado es una obra que enriquece el acervo historiográfico sobre la última dictadura argentina en la medida en que introduce nuevos interrogantes, aporta fuentes inéditas, ofrece una sólida metodología de trabajo factible de aplicar

en otros estudios de caso o períodos históricos y brinda perspectivas para futuras investigaciones.

MARIANA GUDELEVICIUS
CONICET-UBA-PHO

GERARDO NECOECHEA GRACIA,
PATRICIA PENSADO LEGLISE (comps.)

Voltear el mundo de cabeza.

Historias de militancia de izquierda en América Latina.

Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2010, 352 páginas.

Ya hace más de dos décadas que la historia oral, o las fuentes orales, son consideradas como herramientas válidas sin fútiles cuestionamientos, para la escritura de la historia contemporánea.

Afirmar esto, entre otras cosas, pone en blanco sobre negro una cuestión que los pioneros de este *métier* no debieran de olvidar: no siempre ha sido así. Durante mucho tiempo, con argumentos cuestionables que en realidad dejaban entrever prejuicios fundados en posturas ideológicas no siempre explicitadas, contrabandeadas la más de las veces, se afirmaba la supuesta subjetividad del que hablaba y cuenta, recordando, situación que se contraponía a la también supuesta objetividad del documento escrito. No vamos a recorrer en estas breves líneas lo endeble de esta afirmación: cualquiera que se dedique, con mayor o menor énfasis y talento, a la tarea de auscultar el pasado de las sociedades humanas, debe de estar al tanto de lo que ocultan, callan o reprimen los documentos escritos, y si no lo está, siempre está a tiempo de estarlo. Pero sí es dable afirmar que la *historia oral*, así, rotunda, como gustan de llamarla aquellos que la practican, muchas veces, con notable pasión, habla de los/lo que no siempre podemos escuchar. Para decirlo fácil: las fuentes orales son hasta aquí, un vehículo posible para que humillados, derrotados, subalternos, amotinados y díscolos de toda prosapia, color u ofensa, hagan oír sus voces, versiones y recuerdos. ¿Es esto una suerte de conato de justicia póstuma, un escenario de reparación simbólica, que la historia ofrece a los vencidos? Quizá. Pero también es una herramienta para construir un punto de vista, una perspectiva. Qué, nunca está de más afirmarlo, se presenta como necesaria en un campo donde abundan las supuestas incontaminancias ideológicas, que

equiparan en la investigación y el texto lo que en la sociedad aparece como absolutamente desigual y asimétrico (cómo olvidar la teoría de los dos demonios). ¿Significa esto que los historiadores orales *no han hecho hablar* a los grupos dirigentes, a los elencos estatales, a las burguesías? No, pero sí que de manera cuantiosa, han optado por recoger las voces de las clases populares, de las organizaciones revolucionarias, de los perseguidos, lo que también habla de la opción teórica y política de muchos de ellos.

Dicho esto, es nuestro objetivo recorrer las páginas de un producto explícito de la *historia oral latinoamericana*: el libro *Voltear el mundo de cabeza. Historias de militancia de izquierda en América Latina*, compilado por los historiadores mexicanos Gerardo Necochea Gracia y Patricia Pensado Leglise. Como una suerte de vector que traza un derrotero norte-sur sobre nuestro continente, la obra trae los testimonios de vida y militancia de mexicanos, nicaragüenses, brasileños y argentinos.

Jilma Romero Arrechavala, nicaragüense ella, trae los testimonios de Gladys Báez. A través de estos, se ponen en cuestión los derroteros de la vida personal de esta militante sandinista, pero puestos en función de su proceso de politización, de la opción que cambiaría su vida para siempre. Su familia, su barrio, la educación, los problemas de género, los primeros contactos con la política, son desarrollados no solo para la comprensión de una vida, sino también de la propia Revolución nicaragüense, en un contexto –el de los sesenta y setenta– signado por los debates sobre la vía revolucionaria –armada o no, insurrección, guerra popular prolongada– la vida cotidiana en la guerrilla rural, el influjo de la Revolución cubana, de Vietnam, y en el ámbito interno, la dictadura de los Somoza.

De Brasil, Marieta de Moraes Ferreira y Alexandre Forte traen dos experiencias disímiles en el marco de una experiencia de vigencia y suma importancia en la política brasileña de los últimos años: la del Partido de los Trabajadores. La primera entrevista es a Avelino Ganzer agricultor *gaucho* y migrante –junto a su familia– al territo-

rio amazónico a principio de los setenta, en el marco de las políticas de supuesta colonización de la dictadura imperante en Brasil desde 1964, con el golpe de Estado de Costa Silva a Goulart. En el testimonio de Ganzer aparecen no solo los límites de esta política de la dictadura brasileña (o su abierto carácter de farsa), sino también la difícil convivencia en tiempos actuales de los pequeños y medianos agricultores con los grandes terratenientes, el Estado, el partido (PT) y el mercado local e internacional, cuestiones que a diario vemos reflejadas en la esfera pública con el accionar del Movimiento Sin Tierras de Brasil.

La otra entrevistada es Benedita da Silva, *a Bene*. Mujer, negra y *favelada*, *Bene* es una dirigente petista originaria de la favela de Chapéu Mangueira, en el barrio de Leme en Río de Janeiro, que no dudaríamos en caracterizar como barrio privado. . . privado de agua, luz, cloacas, gas y todos los servicios básicos hallables en lugares de clases acomodadas, que faltan en estas barriadas que en América Latina han recibido denominaciones varias: villas miseria, poblaciones jóvenes, favelas, pueblos nuevos, etc. Con un derrotero político extenso –concejala, diputada, primera mujer negra gobernadora de un Estado, senadora– en su testimonio no solo aparecen las dificultades de ser mujer, negra y pobre en los diversos ámbitos donde le tocó actuar, sino también el polisémico mundo simbólico que porta este tipo de militancia territorial en Brasil y América Latina, donde se cruzan las influencias del marxismo, el feminismo, las variopintas religiones cristianas y el umbanda.

Desde Argentina Pablo Pozzi nos brinda lo que es ya un clásico en su producción: testimonios de militantes del PRT-ERP, una de las organizaciones revolucionarias armadas de mayor desarrollo en el Cono Sur de América Latina entre finales de los sesenta y mediados de los setenta. Los testimonios de Héctor y Silvia recorren el espinel de los principales temas a la hora de pensar la trayectoria del PRT-ERP: sus influencias ideológicas –Vietnam, la Revolución cubana, el Che– su opción por la lucha armada, su vínculo e implantación

con y en las organizaciones de masas – sindicatos, frentes barriales y de mujeres, movimiento estudiantil – su actitud frente al retorno del peronismo al gobierno y a la apertura electoral de 1973, el origen social de sus militantes y cuadros dirigentes, la Compañía de Monte en Tucumán, sus debates con el peronismo armado, las razones de su derrota.

Patricia Pensado Leglise, de México, aporta dos testimonios a nuestro juicio muy estimulantes: uno, de Alfonso Vázquez Rebollo, y otro el de Edna, «la de los comunistas armados». El primero – hijo de Adolfo Sánchez Vázquez, intelectual marxista español exiliado en México luego de la Guerra de España – trae la praxis de los intelectuales medios latinoamericanos en los sesenta y setenta, radicalizados al calor de la lucha de masas en el continente – protagonizada por la clase obrera, pero ahora también por un nuevo estudiantado que da cuenta del cambio en el origen social de los estudiantes universitarios del continente y de sus usinas políticas – y también por las influencias de fenómenos internacionales como el Mayo francés, la guerra de Vietnam (o la guerra americana, como la llaman los vietnamitas) y la Revolución cubana.

El testimonio de Edna trae luz sobre un acontecimiento soterrado y desconocido para bastas capas de interesados en la historia latinoamericana: los intentos por establecer una guerrilla en México entre fines de los sesenta y mediados de los setenta, integrada al mismo tiempo al movimiento de masas. El fin que el Estado mexicano le puso a esta experiencia – a una escala muy inferior a lo acontecido en el Cono Sur – vía la represión, no esquivó las rudimentarias herramientas del terrorismo de Estado utilizadas en otros lares. Lo que motiva dos reflexiones sobre el papel de México en los años setenta, fundamentalmente en relación al exilio sudamericano: a) la existencia de un doble estándar, con una política abierta hacia el exilio, y otra muy represiva hacia el conflicto social y político interno; y b) el poco registro que hay de estos conflictos, como los que relata Edna, en la

memoria de los diversos exilios sudamericanos en México, a pesar de ser ambos acontecimientos contemporáneos.

Por todo esto, y para no extendernos demasiado (ahora toca leer el libro, cosa que recomendamos y auspiciamos), saludamos la publicación de este volumen de *historia oral*, guía inevitable para rastrear – como el baqueano de la pampa – a los ejércitos de la derrota y el hambre, o para, como alguna vez afirmó Carlo Guinzburg parafraseando a Brecht, saber más sobre quiénes construyeron Tebas, la de las siete puertas.

ALEJANDRO FALCO
Universidad de Buenos Aires

DOROTHY HEALEY AND MAURICE ISSERMAN

Dorothy Healey Remembers: A Life in the American Communist Party.
 Nueva York: Oxford University Press, 1990. 265 páginas.

Desde temprana edad y durante 45 años, de 1928 a 1973, Dorothy Healey militó en el Partido Comunista de Estados Unidos. Apodada «La Reina Roja de Los Ángeles» por la prensa, fue una de las mentoras políticas de Ángela Davis. Su autobiografía, escrita en colaboración con el historiador Maurice Isserman, es un gran balance de todo lo actuado a lo largo de su extensa carrera política.

Diapositivas

En 1933, es sacada a punta de rifle de una alcantarilla por un alguacil del condado de Imperial Valley, al sureste de California, mientras intentaba escapar a la represión de una huelga de trabajadores rurales mexicanos, filipinos, y «okies»¹ que había ayudado a organizar y que dirigía. El policía esperaba encontrarse con una desalmada bolchevique como la que retrataba la prensa amarillista; en cambio, tenía parada frente a él, a una enlodada joven de tan sólo diecinueve años y escasos 1.6 metros de altura, sobre la que pendía una recompensa de diez mil dólares, «Estos hombres grandotes estaban mucho más asustados que yo, aunque confieso que me puse bastante nerviosa al ver cómo temblaban sus manos sobre las ametralladoras».

1. «Okies» era el diminutivo con el que se conocía a los campesinos originarios de Oklahoma, que en la década del treinta migraron por las penurias ocasionadas por el «Dust Bowl» (*Dust Bowl Refugees*) uno de los peores desastres ecológicos del siglo xx. Fue una sequía que afectó a las llanuras y praderas centrales de Estados Unidos. La sequía se prolongó al menos entre 1932 y 1939, y fue precedida por un largo período de precipitaciones por encima de la media. El efecto *Dust Bowl* fue provocado por condiciones persistentes de sequía, favorecidas por años de malas prácticas en el manejo del suelo, que dejaron al mismo susceptible a la acción de las fuerzas del viento.

Entre 1948 y 1949, a comienzos de la caza de brujas macartista, estuvo en la clandestinidad durante seis meses. Transportada en las bauleras de automóviles de casa en casa, aguantó vivir en el limbo administrativo y luego la cárcel. Enfrentó una condena de más de cinco años. La movilización por su absolución y la estrategia legal organizada por Healey contra la dirección del partido, obligaron a la Corte Suprema a anular las sentencias, quedando en libertad a los pocos meses, y sentado un precedente contra posteriores fallos.

Sin embargo, en 1951 el FBI la persigue a todas partes. Tres autos llenos de agentes vigilan cada uno de sus movimientos. Dorothy toma un descanso de sus tareas cotidianas (en ese entonces se desempeñaba como secretaria organizativa del Partido Comunista para el condado de Los Ángeles). Mientras toma un café y lee el *Dayly Worker*, un agente se le acerca y le susurra al pasar «... si usted coopera con nosotros... le podemos prometer que ni usted, ni su madre, ni su hijo, irán a una campo de concentración».

Ya en 1967, y visitando Moscú, es tratada protocolarmente como una dignataria estatal. Sin embargo, trató de mezclarse entre la población para poder observar, sin mediadores, como vivía la sociedad bajo el estalinismo. De regreso a Estados Unidos y en pleno levantamiento checoslovaco, emitió un comunicado oponiéndose a la represión por parte de Moscú. Esto le valió a su distrito partidario el mote de «la Checoslovaquia del PC de Estados Unidos».

Estas y otras vivencias de Dorothy Healey, son para nosotros diapositivas del siglo veinte, que mostradas de conjunto sirven para ver y entender lo que significó ser un «rojo», un comunista estadounidense, durante el siglo xx. Además, el relato de Dorothy nos acerca a la militancia estadounidense en un partido que a lo largo de su historia se mantuvo siempre estrictamente alineado con Moscú, que aunque dirigido con fuertes prácticas burocráticas y tras décadas de monolitismo ideológico y un pragmatismo rampante en su práctica política, era parte integral y ganó peso considerable (sobre todo du-

rante la década del treinta) dentro de la tradición de las vanguardias políticas estadounidenses.

La obra

El historiador Maurice Isserman, autor de libros sobre la izquierda y el Partido Comunista de Estados Unidos en particular,² fue componiendo la historia de Dorothy con ayuda de cartas privadas, recuerdos de sus amigos y familiares, artículos de periódicos, citas de libros y de novelas, y como es un clásico ya en los estudios sobre luchadores sociales estadounidenses, los documentos y archivos secretos del FBI.

Dorothy había sido entrevistada previamente entre 1973 y 1974 por el Departamento de Historia Oral de la Universidad de California en Los Ángeles. Se reunió un registro de cerca de 42 horas de cintas en *cassette*, que se transcribieron en 1.500 páginas. Isserman editó la transcripción. Agregó a la misma, 35 horas de entrevistas grabadas; para esto viajaba exclusivamente para encontrarse con Dorothy, que hacia el final de su vida se mudó a Washington D.C. También investigó y consiguió dar con una increíble variedad de materiales, cartas y documentos, informes del FBI, artículos de periódicos, y las transcripciones de los juicios y audiencias de la era macarthista. Estos extractos, vertidos abundantemente a lo largo de las páginas del libro, dan autoridad al relato y arrojan luz sobre todo el proceso. El historiador se inspiró en el relato de Malcolm X, escrita por Alex Haley,³

2. Previa a la publicación de la autobiografía de Dorothy Healey, Isserman publicó: Maurice Isserman. *If I Had a Hammer... The Death of the Old Left and the Birth of the New Left*. Nueva York: Basic Books, 1987; y Maurice Isserman. *Which Side Were You On? The American Communist Party during the Second World War*. Chicago: University of Illinois Press, 1993.

3. Alex Haley y Attallah Shabazz. *The Autobiography of MALCOLM X*. Nueva York: Ballantine Books, 1987.

en la que este último forjó una autobiografía donde, tras largos encuentros de entrevistas grabadas y con la aprobación del protagonista, logró darle forma a una lectura en la que uno tenía la impresión de escuchar al mismo Malcolm X en persona. Dice Isserman; «Lo que intenté hacer fue trabajar el texto a mi manera, combinando mis propias palabras con las suyas, reteniendo la forma y la narrativa en primera persona. Al hacer esto, sacrifiqué lo que algunos investigadores de historia oral consideran la pureza “sin retoques” del testimonio, con la esperanza de generar un relato más accesible»,⁴ La colaboración entre el sujeto histórico y el historiador, dio lugar a la obra autobiográfica. El libro entonces, está escrito en primera persona, casi por completo. Las palabras, testimonios y documentos añadidos por Isserman para aclarar o conectar ideas, sirvieron para ayudar a la propia Dorothy a recrear todos los matices de las diferentes situaciones y etapas de su vida. La misma Dorothy corregía y aprobaba los borradores que Isserman le presentaba. Luego este escribía sobre la base de las entrevistas, Healey leía, aprobaba y reescribía lo que fuese necesario. El resultado, fue un libro rico en testimonios y reflexiones; *Dorothy Healey remembers, a life in the American Communist Party*. En este punto, la crítica es constructiva y apunta a realizar un aporte a una hipotética pero necesaria segunda edición; con la extensión de la obra con notas al pie sobre los numerosos personajes y situaciones históricas, ausentes en la misma debido seguramente (inferimos) al esfuerzo del historiador por conservar un «crudo» en el relato mismo de Healey, sin distracciones en la lectura.

4. Dorothy Healey y Maurice Isserman. *Dorothy Healey Remembers: A Life in the American Communist Party*. Nueva York: Oxford University Press, 1990, pág. 11.

Una vida militante

La semilla luchadora de Dorothy Healey fue plantada por su madre, que a principios de siglo militó activamente en el Partido Socialista, bajo el influjo arrollador de Eugene Debbs. Dorothy se convertiría desde joven en una incansable luchadora por la clase obrera y los oprimidos del sistema. Tras su ruptura con el Partido Comunista, declarararía:

«A la edad de doce años decidí que quería ser una “revolucionaria profesional”, es decir, una persona totalmente dedicada a la lucha contra el capitalismo. Todavía actúo así. Cuando leo historias en los diarios sobre los *homeless*, o sobre la contaminación del medio ambiente, o sobre el racismo endémico en nuestra sociedad, todavía me enfurezco y me indigno como lo hacía hace cincuenta años atrás».

Y agrega;

«Nunca entendí la amargura que algunos ex miembros del Partido y de la Liga Juvenil Comunista sentían sobre su paso por la militancia partidaria. Yo les digo como cuando el poeta Johan Schiller le reprochaba a Don Juan. “Sea respetuoso de los sueños de juventud”». ⁵

La familia de Dorothy Healey migró desde Hungría y, siguiendo el derrotero típico de la mayoría de los migrantes de Europa central a su llegada al país-continente, se establecieron en el oeste, en la ciudad de Denver; donde Dorothy nació en 1914. Su madre, Barbara Nestor, ingresó en el Partido Socialista a los 16 años. Con la Revolución rusa surgió una fracción de izquierda en apoyo a la misma, y Barbara, que partió con los mismos, se convirtió en un miembro fundador del Partido Comunista. Era una mujer de carácter, admiradora de los Wobblies (IWW) y con una marcada aversión hacia a los dirigentes burocráticos de toda índole. La huella que dejó su

5. *Ibíd.*, pág. 254.

madre al inculcarle la necesidad de sostener siempre un pensamiento independiente iba a durarle toda la vida.

Su carrera política se extendió por cinco décadas. De cuerpo menudo e incomparable fuerza de voluntad, Dorothy se convirtió en una de las pocas mujeres dirigentes en el Partido Comunista de Estados Unidos.

Se unió al mismo en 1928, a la edad de catorce años, y se desempeñó como dirigente de la zona de Los Ángeles (la segunda ciudad más grande de Estados Unidos) durante más de veinte años, como así también en el comité nacional. Fue dirigente de huelgas durante los años treinta, combatió el macarthismo, se manifestó contra la guerra de Vietnam, fue comentarista de radio, candidata a un cargo público, y mentora de Ángela Davis. Healey ganó fama como la «reina roja» o la «dama de hierro» dentro y fuera del partido. Sus críticas abiertas al autoritarismo interno y a la sumisión del mismo a la Unión Soviética iban en aumento año tras año. Combatiendo el dogmatismo intransigente del Partido Comunista de Estados Unidos, fue obligada a callar con el aplastamiento de la revolución en Hungría de 1956. Sin embargo, denunciaría la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, para finalmente renunciar en 1973. Dorothy explica la dilatación de su ruptura con el PC con el argumento de que se podía «cambiar desde adentro» al mismo. Esto por ejemplo, la llevo a romper políticamente con su hermano, que principios de los treinta se acercaría al trotskismo.

Dorothy ascendió desde las bases del partido hasta la dirección nacional, siempre catalogada por sus pares como de «problemática». Excelente organizadora y reconocida oradora, fue reconocida y respetada por el público más allá de los límites de su propia comunidad y de las filas de su propio partido. En 1945, sería nombrada secretaria organizativa del partido para el condado de Los Ángeles. Un informe del FBI de ese entonces evaluaba sus cualidades:

«Dorothy Healey es uno de los miembros más capaces, carismáticos y con más capacidad teórica del Partido Comunista en Los Ángeles. La propia descripción que hace Dorothy de sí misma como una de las más avanzadas personas en el movimiento comunista (sic) es muy interesante. Dice que la razón por la que llegó a la dirigencia se debe a «mi lengua locuaz». Eso es verdad hasta cierto punto, pero no sólo en las conversaciones se desenvuelve con soltura, sino que además lo hace con decisión y piensa con lógica. Si surge algún problema con otras personas, tiene una gran capacidad de liderazgo y puede hacer que la gente tome como propias las medidas que ella quiere adoptar. . .

Healey tiene un conocimiento sólido y viable de las diferentes formas organizativas, y cuando es necesario demuestra gran capacidad de iniciativa e ingenio. Es flexible en pensamiento y métodos, y nunca se aparta de la línea elegida. En cuanto a la legalidad, prefiere cortar camino y correr riesgos antes de retrasar pasos hacia la acción. . . provoca lealtades profundas e inquebrantables entre sus amigos, y luchará cualquier posición hasta ganar un punto. Puede argumentar con calma y sin demostrar emociones, pero tiene un temperamento furioso si presiente que sus camaradas son injustos o directamente estúpidos sobre cualquier aspecto político».⁶

Dorothy no estuvo de acuerdo con el revisionismo de Browder,⁷ o con la decisión de pasar a la clandestinidad bajo el macarthismo, ni con las tácticas frente a la ley Smith. Ella decidió, junto con sus compañeros y de manera independiente, qué tácticas y estrategias legales adoptar frente a los juicios, cosa que el partido reprochó.

6. FBI. *Luchas políticas, borriones y cuentas nuevas*. 10 de octubre de 1945, pág. 96.

7. Earl Russell Browder (1891-1973) secretario general del PC estadounidense entre 1934 y 1946. En 1944, siguiendo el razonamiento de coexistencia pacífica entre la URSS y Estados Unidos, disuelve el partido en la Communist Political Association, provocando una importante desbandada de militantes de las filas del partido. Fue expulsado en 1946.

En 1956, con 42 años y presidiendo el partido en el condado de Los Ángeles, fue delegada a un pleno (una reunión ampliada del comité nacional), integrada por un centenar de dirigentes comunistas. No tenía idea de que el objetivo del pleno era escuchar las revelaciones de Jrushchov sobre los crímenes de Stalin. A la media hora de lectura del documento ya estaba convulsionada por las lágrimas. Recuerda entonces con mucha bronca como venía combatiendo las tácticas del partido, a un nivel de «guerra de guerrillas» contra la dirección nacional, pero resalta que a partir de entonces se dio cuenta de que la máxima de Lenin de «la prueba del internacionalismo reside en combatir en el terreno doméstico a sus propias clases dominantes» era más que nunca una necesidad imperiosa y real, contra la línea de someterse a los dictámenes de Moscú y a sus necesidades.

«Ninguneábamos a los trotskistas, pero ahora, ahí estábamos, luego de todos estos años, sentados en un encuentro de dirigentes del partido, y nada menos que el máximo dirigente de la Unión Soviética nos decía que después de todo, no había sido sólo propaganda capitalista o trotskista, que retorcidos y sangrientos crímenes se habían cometido en nombre de la defensa del socialismo».⁸

A partir de entonces, Dorothy Healey pasó los siguientes 17 años en una lucha tenaz por intentar reformar el partido desde adentro. Sin embargo, aunque Healey luchaba intensamente contra la burocracia y el reformismo de la dirección del partido, su práctica hacia la clase obrera y a la comunidad era de carácter socialdemócrata. En elecciones reñidas y bajo polarización social, Dorothy arroja el balance de que lo que faltó, fue una alianza más abierta de cooperación con el Partido Demócrata, de defensa y ampliación del Estado de Bienestar capitalista. Finalmente, después de condenar públicamente la invasión soviética de Checoslovaquia, fue relegada a tareas administrativas. Renunció al ya petrificado Partido Comunista de Estados

8. Healey e Isserman, *Dorothy Healey Remembers: A Life in the American Communist Party*, pág. 153.

Unidos en 1973. Gus Hall, lo dirigía desde 1959 y lo haría hasta el año 2000.

En 1974, Healey se incorporó a la New American Movement (NAM) movimiento socialista de corta vida, de la que su hijo Richard Healey era un importante dirigente. En 1982, colaboró con la fusión con el Comité Demócrata Organizador Socialista (CDSO por sus siglas en inglés), y se convirtió en vicepresidente de la nueva organización, los Socialistas Democráticos de América. Dio conferencias y participó en clases, tuvo un programa semanal de noticias y entrevistas en la radio pública que tenía en Los Ángeles desde los sesentas, y que luego trasladaría a Washington DC. Sus últimos años la encontraron cifrando sus esperanzas en la Perestroika de Gorbachov y en la coalición «arco iris» del ala izquierda de Jesse Jackson en el Partido Demócrata.

Sin embargo, en la actualidad, luego de los años de George W Bush y frente a la debacle de la hegemonía capitalista a nivel mundial, con un horizonte de huelgas en Europa y una marcada polarización social y política en Estados Unidos, las ideas contestatarias y las de un marcado carácter anticapitalista comienzan a reaparecer. Esto último confiere un peso enorme a las palabras finales de su autobiografía, cuando afirmó;

«Creo que llegará un momento en un futuro no muy lejano, cuando la palabra que empieza con “S” – Socialismo – volverá a ser discutida y debatida y atraerá a una nueva generación bajo sus banderas».⁹

DARÍO MARTINI
Universidad de Buenos Aires

9. *Ibíd.*, pág. 252.

WILLIAM H. CHAFE, RAYMOND GAVINS,
ROBERT KORSTAD (eds.)

*Remembering Jim Crow.
African Americans Tell About Life in the Segregated South.*
Nueva York: The New Press, 2001.

Detrás del velo

El corpus testimonial compilado por Chafe, Gavins y Korstad construye una lectura que desafía la noción de la era Jim Crow en el Sur estadounidense como un período de total opresión del blanco versus total sumisión del negro. A través de la organización exhaustiva y meticulosa de testimonios e imágenes reveladoras, el libro se inscribe en el campo de la historia oral, haciendo más hincapié en la resistencia colectiva forjada por el afroestadounidense que en la denuncia explícita del terror de la segregación.

Como su nombre lo indica, *Remembering Jim Crow: African Americans tell About Life in the Segregated South* es una recopilación de testimonios orales sobre la vida cotidiana del afroestadounidense en el sur de Estados Unidos durante la época de segregación conocida como «la era Jim Crow». El libro es el resultado de *Behind the Veil*, proyecto interinstitucional impulsado por la Universidad Duke de Carolina del Norte que, entre 1990 y 1996, se dedicó a compilar y editar alrededor de mil trescientos testimonios orales de afroestadounidenses que vivieron durante esa época y que provienen de diferentes escenarios de la vida sureña.

El proyecto *Behind the Veil* toma su nombre de una de las metáforas más famosas de W.H. Du Bois, posiblemente el teórico panafricanista y activista de mayor influencia entre los líderes y militantes de la resistencia negra de mediados del siglo xx en Estados Unidos. La frase «detrás del velo» refiere a la vida de total distanciamiento que se genera entre los ciudadanos negros y blancos a partir de la separación espontánea o regulada entre ambas comunidades desde los

comienzos de la esclavitud. El velo que cae entre ellas es la barrera que legitima la desigualdad impúdica a la que está sujeta la vida del estadounidense negro, pero es también una herramienta que le brinda la posibilidad de llevar una existencia privada, auténtica y no impuesta, de poder mantenerse a distancia para observar su realidad, sopesarla y generar y motivar estados de resistencia.

Así, *Remembering Jim Crow* se constituye como una obra que, a partir de la oralidad de sus propios actores, intenta levantar el velo que mantuvo oculto o extrañado un relato histórico alternativo: la posibilidad de resistencia en la experiencia de la opresión. A través de impactantes testimonios y fotografías, la obra recupera para el lector contemporáneo una parte esencial y constitutiva del ser afroestadounidense: su tenacidad y los creativos métodos que, inadvertidamente, aseguraron su supervivencia física y cultural.

Los testimonios, organizados en seis secciones temáticas, transmiten la conflictiva relación del individuo negro en relación con el sofisticado sistema de opresión que se instaura con las leyes Jim Crow. Entre otras cuestiones, los relatos orales abarcan opiniones y experiencias que refieren a la desigualdad laboral, la violencia horizontal entre el obrero negro y el blanco, la lucha por reparar la terrible inadecuación en la educación afroestadounidense, y la imposibilidad de acceder a un sistema sanitario igualitario. Atendiendo a todo lo anterior, los testimonios dan cuenta del papel fundamental que jugó la solidaridad comunitaria para reparar en cualquier medida las desigualdades evidentes, así como el esfuerzo por recuperar y transmitir un sentido de identidad y memoria colectivas.

El libro ofrece una lectura ágil y sencilla, característica de las narraciones orales. Sin embargo, la acumulación paulatina de tantos testimonios y experiencias, genera una densidad narrativa que da peso al relato global y obliga al lector a mantenerse alerta a las variaciones argumentativas sobre cada tema. La claridad y extrema versatilidad de los testimonios, junto con las fotos de época que ilustran diferentes aspectos de la vida de la comunidad negra hasta después

de la Segunda Guerra Mundial, van llevando al lector no iniciado en la era de la pos esclavitud a comprender más cabalmente que los prejuicios mantenidos históricamente sobre el negro, de ser ignorantes, sumisos y leales al blanco, son una fabricación de la propia historiografía blanca y protestante; que esas cualidades atribuidas al estadounidense son aparentes, y que el velo que separa a ambas comunidades también cubre y protege una identidad propia del negro, su intrincada vida social y cultural, y sus potentes estratagemas para llevar una vida digna y satisfactoria.

Remembering Jim Crow es un libro de lección sobre la era Jim Crow. El período se inicia ostensiblemente a partir de la infame decisión republicana de firmar el Compromiso de 1877 (con el que se aprobó el retiro de las tropas norteamericanas que, en el fin de la guerra de secesión, habían sido estacionadas en el Sur con el propósito de velar por la seguridad del afroestadounidense y la igualdad ciudadana) y culmina en la década del sesenta, casi cien años más tarde, con la revolución de los derechos civiles en Estados Unidos. Jim Crow, nombre que alude a la famosa rutina de un actor decimonónico en la que se satirizaba al esclavo negro, refiere específicamente al arsenal de leyes aprobadas a fines del siglo XIX para cercenar cualquier posibilidad del afroestadounidense de constituirse como ciudadano, en igualdad de derechos con el blanco, tras la abolición de la esclavitud. A las leyes *de jure*, que ordenaban, entre otras cuestiones, la segregación prácticamente absoluta de la vida negra en cuanto a educación, acceso al voto, a la propiedad y a la salud, recreación, sexualidad, trabajo y transporte, se sumaba un humillante código de etiqueta sobrentendido, que casi con la misma fuerza de la ley observaba y condenaba comportamientos considerados por el blanco como amenazantes o inadecuados si eran llevados a cabo por individuos de la comunidad negra, como utilizar títulos de cortesía al dirigirse a otra persona de color, mirar a un blanco a la cara al hablarle o no cederle el paso en cualquier circunstancia. La era Jim Crow nos remite directamente a una era de extrema violencia tácita y explícita, cuando

la mera sospecha del blanco de rasgos de rebeldía o autodeterminación en un ciudadano afroestadounidense podía culminar en el abuso psicológico o en el linchamiento.

La selección de entrevistas de este libro construye un vasto diálogo que aproxima al lector a la pluralidad de experiencias y de estrategias que definieron la resistencia negra durante una época opresiva. Y es en ese sentido en el que la metáfora del velo explica también la postura de los editores con respecto a cómo presentar la compilación de testimonios. Es posible que el rasgo más sobresaliente de esta selección, sea que su lectura nos orienta a permanecer más en las sutiles y diversas tareas de resistencia de la comunidad negra contra la opresión blanca, que en la denuncia directa de las creativas formas de opresión *per se*. Aún así, el recorte testimonial llevado a cabo por los editores está lejos de ser meramente celebratorio. Por el contrario, se perfila como un intento pedagógico claro y serio por flexibilizar o incluso desactivar otra noción extendida con respecto a la era Jim Crow: el relato de que se trata de una era «bidimensional» de opresión versus sumisión, un relato estático que estereotipa un momento de la historia infinitamente complejo para convertirlo en una narración manejable, compacta e impermeable a nuevas interpretaciones críticas sobre las formas en que la comunidad afroestadounidense luchó para resguardar su identidad y transformar su contexto histórico.

AIMÉ OLGUÍN
Universidad de Buenos Aires

Normas editoriales

Historia, Voces y Memoria es la Revista del Programa de Historia Oral, Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Publica artículos de investigación, reseñas bibliográficas, comunicaciones y ensayos de discusión científica vinculados con temas de memoria e historia oral. Se aceptan trabajos en lengua española, portuguesa e inglesa.

Los trabajos para publicación deben ser enviados por correo:

Dr. Pablo A. Pozzi

Director

Programa de Historia Oral

INDEAL

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

Puán 480

Buenos Aires, Argentina

Con una copia enviada por archivo adjunto a Programa Historia Oral: historiaoraluba@yahoo.com.ar

Normas de publicación

1. Los manuscritos que se sometan a evaluación para ser publicados deberán ser preferentemente inéditos. También pueden aceptarse originales o traducciones de artículos aparecidos en publicaciones de poca difusión en el Cono Sur de América Latina, que el Comité Editorial considere importantes y relevantes en el campo de la historia oral. Todo artículo o comunicación recibida será evaluado por el Comité Editorial que podrá referirlo a evaluación externa. Las evaluaciones externas serán realizadas por dos personas idóneas que

serán seleccionadas por el Comité Editorial. Esta publicación depende de la Subsecretaría de Publicaciones y del Consejo Editor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires cuyo dictamen y opinión son determinantes y finales en cualquier evaluación.

2. Cada trabajo debe presentarse con una copia en CD o *diskette* en programa *Word*, RTF o ASCII y dos copias impresas en papel carta, mecanografiado en una carilla a doble espacio y en hojas numeradas. Si hubiera cuadros, gráficos o mapas, estos se incluirán en hojas separadas del texto. Las notas de los artículos deben presentarse al final. No se reciben manuscritos de más de 60.000 caracteres con espacios y notas incluidas.

3. El trabajo debe acompañarse con un *abstract* o sumario en español (y preferentemente en inglés) de no más de diez (10) renglones.

4. Las notas deben enumerarse correlativamente al final del trabajo. Las referencias bibliográficas deberán contener los datos correspondientes en el siguiente orden:

a) *Si son libros*: Nombre y apellido del autor. Título en itálica o *bastardilla*. Lugar, casa editora y fecha de edición; volumen, tomo, etc.; número(s) de página(s) [pág.] (en caso que corresponda).

Ellen Meiksins Wood. *The Retreat From Class. A New "True" Socialism*. Londres: Verso Books, 1986, pág. 97

b) *Si son artículos de revistas*: Nombre y apellido del autor. Título del artículo entre comillas. Título de la revista en itálica o *bastardilla*; volumen, número, año. Lugar, fecha de edición; número(s) de página(s) (en caso que corresponda).

Daniel James. "The Peronist Left, 1955-1975". *Journal of Latin American Studies*, vol. 8, núm. 2. Londres, noviembre 1976.

c) *Si son artículos de libros*: Nombre y apellido del autor. Título del artículo entre comillas; el nombre y apellido del compilador, editor y/o coordinador. Título del libro en itálica o *bastardilla*. Lugar, casa editora y fecha de edición; volumen, tomo, etc.; número(s) de página(s) (pág.) (en caso que corresponda).

Stuart Hall. «Notas sobre la deconstrucción de "lo popular"»; en Raphael Samuel (ed.). *Historia Popular y Teoría Socialista*. Barcelona: Crítica, 1984.

d) *Si son entrevistas*:

i) Si la transcripción fue realizada por el mismo entrevistador: Entrevistado. Fecha y lugar de la entrevista. Entrevistador.

Julián Ostrovsky. Entrevista realizada el 11 de diciembre de 1996 en la Ciudad de Buenos Aires. Entrevistador: Adriana Kornblihtt.

ii) Cuando hay más de un entrevistado:

Antonio Espósito y Raúl Gómez. Entrevista realizada el. . .

iii) Si la transcripción no fue realizada por el entrevistador: Entrevistado. Fecha y lugar de la entrevista. Entrevistador. Transcriptor.

Oscar Pijuán. Entrevista realizada el 24 de septiembre de 1996 en Lanús (provincia de Buenos Aires). Entrevistador: Laura González. Transcriptor: Jorge Martínez.

iv) Si la entrevista forma parte del acervo de un Archivo Oral: Entrevistado. Fecha y lugar de la entrevista. Entrevistador. Transcriptor, si no fuera el entrevistador. Nombre del Archivo. Referencia de la entrevista.

Alberto Lais. Entrevista realizada el 11 de diciembre de 1996 en Villa Maipú (provincia de Buenos Aires). Entrevistador: Daniel Plotinsky. Archivo Oral del Archivo Histórico del Cooperativismo de Crédito. Entrevista núm. 30.

En todos los casos, puede agregarse algún dato del entrevistado que ayude a contextualizar su testimonio:

Danilo Gobbi. Dirigente de Caja de Crédito Bahiense Cooperativa de Crédito Ltda. Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires. Entrevista realizada el 15 de diciembre de . . .

En caso que el entrevistado no autorice a publicar su nombre, se lo registrará con sus iniciales o alguna otra referencia que lo identifique en el contexto del trabajo en cuestión.

J. C. Entrevista realizada el 15 de . . .

o

Entrevistado 1. Entrevista realizada el . . .

o

Docente, 57 años. Entrevista. . .

5. En general no se acepta bibliografía en artículos. En caso excepcional y de ser necesario, la bibliografía irá al final del artículo y se hará en orden alfabético siguiendo las normas establecidas anteriormente.

6. Toda palabra extranjera utilizada en el texto debe ir en itálica o *bastardilla*.

7. Todo trabajo deberá contener, en hoja aparte, los datos personales del o de la autor(a), incluyendo teléfono, dirección de correos, y dirección de correo electrónico. Asimismo, deberá traer un breve resumen del currículum del autor de no más de media página (15 renglones).

8. Serán rechazados sin recurrir a evaluación todo trabajo presentado que no se someta a las normas de publicación.

Esta revista se terminó de imprimir en el mes de junio de 2012
web: www.imagomundi.com.ar - email: info@serviciosesenciales.com.ar

